

25 AÑOS DE LA CAÍDA DEL MURO



David Hasselhoff

La caída no fue cosa de él

La estrella de 'El Coche Fantástico' cantó 'Looking for freedom' en la Nochevieja de 1989 en el Muro, pero no fue quien derribó el telón de acero, aunque algunos lo piensen.



'La vida de los otros'

Una ficción con Oscar

El guionista y director Florian Henckel von Donnersmarck triunfó con esta película del 2006, que narra el sistema de espionaje que aplicaba la Stasi en los círculos intelectuales.

LOS PROBLEMAS DEL BERLÍN ACTUAL

La trastienda de la ciudad postal

La reunificación ofreció la posibilidad de diseñar una ciudad a la medida de los berlineses -«pobre pero sexi», según su alcalde-, pero los inversores inmobiliarios se frotaron las manos y empezaron a expulsar de los barrios populares a los más vulnerables para construir apartamentos de lujo. Hoy aumenta la convicción de que el cortafuegos a ese atropello es la ocupación.

POR PAOLA ÁLVAREZ

Una escena vale más que mil datos. Un domingo soleado del -este año- cálido otoño berlinés. El Mauerpark -el parque del barrio de Prenzlauer Berg que recibe su nombre de los años que estuvo dividido por el Muro y que hoy se ha convertido en atracción turística por su mercadillo dominical- bulle repleto de músicos callejeros y familias con niños que corretean entre grupos de jóvenes con gafas de sol y alientos de resaca. Sobre el plácido bullicio se alza una voz estridente: «¡Marchaos de mi barrio! ¡Si os molesta mi música buscad un piso en otra parte!». Todas las cabezas se giran hacia el joven que sigue gritando frases similares sobre una bicicleta destartada con su propio soundsystem incorporado. Los destinatarios de su ira, una pareja en la treintena con ropa de marca y sendas bicis de paseo recién estrenadas, intentan pasar desapercibidos mirando hacia otro lado en una absurda persecución que despierta risas y algunas recriminaciones hacia el joven.

Es un ejemplo extremo pero también el resumen de un sentimiento generalizado. Berlín lleva años cansándose de hablar de *gentrificación* [encarecimiento de los barrios populares que provoca la expulsión de los vecinos con menos recursos], de aburguesamiento y pérdida de autenticidad. Pero la discusión va más allá de la estética de la urbe y el miedo a perder la subcultura que la hi-

zo resurgir, una vez más, de sus cenizas. En Berlín la *gentrificación* ya se llama *verdrängung* (en castellano, *sustitución o represión*). «Los más afectados son las personas con ingresos bajos. Son los que no pueden pagar unos alquileres que no paran de subir y son desalojados de sus barrios de toda la vida y expulsados del centro de la ciudad». Lo explica Katrin Schmidberger, diputada por Los Verdes en el Parlamento de Berlín. A sus 32 años, es una de las políticas más implicadas en el mantenimiento de un Berlín asequible. «El miedo es acabar como París o Londres, con un centro exclusivo para los más ricos. La mezcla social en cualquier barrio es la base de la identidad de Berlín y no puede perderse».

Así lo ve también Matthias Coers,

codirector del documental *Mietrebellien* (Los rebeldes del alquiler), que muestra las luchas contra las injusticias de una *gentrificación* que, tozuda, se mide en los siguientes datos: los alquileres de los barrios de moda suben entre el 20 y el 30% al pasar de un inquilino al otro, 800.000 berlineses viven bajo el umbral de la pobreza y cada año hay 10.000 desalojos. «Berlín es una ciudad de pisos de alquiler con un mercado inmobiliario enfermo. La situación se relajó mucho en el 2000. Tras la caída del Muro, se construyó pensando que vendría mucha gente a la nueva capital y no fue así -explica-. Empezaron a venir después, atraídos por un tipo de ciudad que no habría sido posible sin esos alquileres bajos y esos espacios vacíos. Ahora se ha dado la vuelta a la situación y los políticos no han sabido reaccionar».

El nuevo despertar

Los ciudadanos sí han reaccionado y de eso trata su película, que también ofrece escenas de gran carga simbólica. Un grupo de jubiladas ocupa el centro social en el que se reúnen para evitar que lo cierren. Una mujer es desalojada en Neukölln -el último barrio de moda- y muere poco después. «Manifestaciones, reuniones vecinales, bloqueos... En Berlín hay cada día al menos cuatro o cinco acciones relacionadas con la lucha contra esa expulsión. Vivimos un nuevo comienzo porque la sociedad acaba de despertar. Cada vez se unen más vecinos: jóvenes, ancianos, familias, solteros, inmigrantes del sur de Europa... La gente sa-

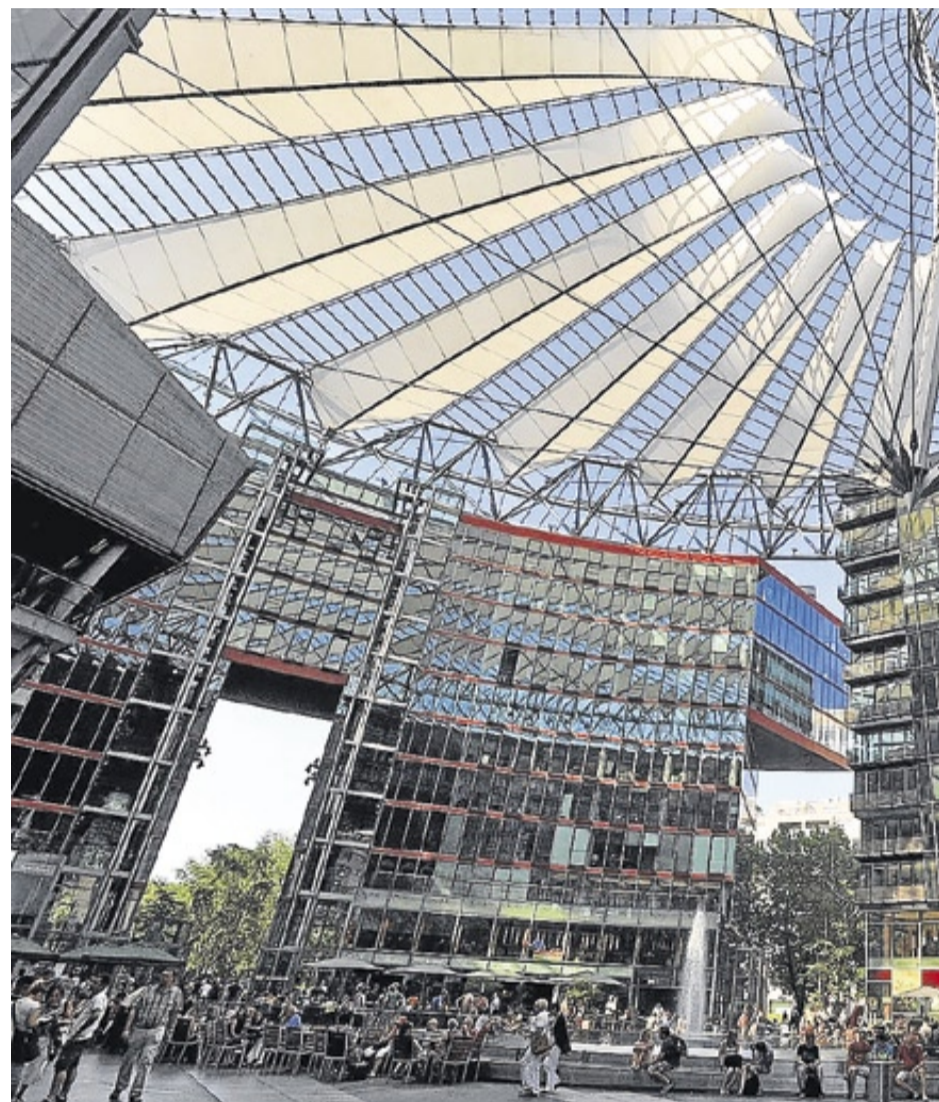
LAS CIFRAS

85%

de los berlineses viven en pisos alquilados.

3.000

familias se ven obligadas a desplazarse cada año del centro al extrarradio.



be que existen instrumentos y se están conectando para aprender a usarlos», dice Coers, que en los últimos días no deja de viajar de país en país mostrando su documental. «Berlín solo es una víctima más. Estamos ante un problema europeo».

El próximo diciembre, la alcaldía de Berlín cambiará de manos. Klaus

Wowerit, el hombre que ocupó el cargo en el 2001 haciendo bandera de su homosexualidad y que acuñó la ya manida frase «Berlín es pobre pero sexi», se despide acosado por el escándalo de un interminable aeropuerto y asegurando que deja una ciudad que «ya no es tan pobre pero sigue siendo sexi». Una afirma-